

PÁGINAS LITERARIAS

Humanidad Nueva

El sol, en el ocaso.

Las praderas,
—como alfombras tendidas ante el paso
de la tarde—colmábanse de sombras
fugitivas, detrás de las postreras
luces de aquel crepúsculo; las aves,
buscando el tibio bienestar del nido,
cruzaban el espacio como naves
cansadas, que el oleaje ha combatido
y ondulando sus últimos vigores,
silenciosas, nostálgicas, las suaves
arenas de la playa buscan.

Ruido

de cosas que descansan iba el viento
regando entre las flores.
La humilde casa, de la dicha asiento,
albergue de purísimos amores,
que apenas medio oculta entre el follaje
era una nota alegre en el paisaje
de aquella languidez de los colores,
comenzaba á encender sus luminarias
como para una fiesta. Solitarias
las avenidas del jardín poco antes,
llenábanse de pasos por instantes,
de susurros, de besos y de abrazos,
Eran los invitados que llegaban
unidos todos por los mismos lazos
de un sentimiento universal, retazos
de ese escuadrón que en los futuros días
—rompiendo vallas y asaltando cumbres—
llevará á las remotas lejanías
del sueño de hoy, gloriosas certidumbres
y trocará en lozanas alegrías
el dolor de las foscas muchedumbres
que hoy gimen llenas de melancolías.
La sala era un jardín, flores, verdura
por todas partes, juventud, frescura,
manojos de ilusión, grupos de ensueño,
caras rientes y bellas,
todo cantando amor, en todo finas
huellas de blancas manos femeninas
como una hermosa floración de estrellas.
La mesa, abierta en ángulo, ofrecía
dos brazos avanzando: se diría
que el pensamiento nuevo allí encerrado
alargaba sus dos impulsos fuertes,
volviendo las espaldas al pasado,
para alcanzar el porvenir. Había

en el ambiente majestad serena.
A la señal de una hora dió comienzo
una cena frugal, la alegre cena
de un doble desposorio; allí suspenso
quedó el presente abrumador. La oscura
ráfaga de cansancio que aniquila
nuestro vigor en ratos de amargura,
la ráfaga del mal que nos vigila
para nublar la luz en la pupila
que intenta ver en el azul, deshecha
quedó un momento allí; fuertes y sanos,
los seres que llamarse siempre hermanos
prometieron, allí estaban triunfantes;
la charla burbujeaba entre las rosas
encendidas de todos los semblantes
y un ambiente de gloria
saturado de esencias misteriosas
—de esas que nos perfuman la memoria
de los ratos felices—recogía
las frases de esperanza y de victoria
de aquel gran festival de la armonía.
Cortando las miradas rutilantes
de amor, que se cruzaban los amantes,
se alzó con majestad una figura
risueña, atardecida, desde el vértice
de aquel ángulo vivo: venerable
rostro por cuyos ojos la dulzura
brotaba en manantial inagotable,
cabellera argentada, altiva y pura
la frente de incansable visionario,
figura de patriarca legendario
que eternizara algún cincel notable
en el toque genial de una escultura.
Miró á sus hijas y colgó á sus frentes
sendas coronas de ilusión; la brisa
extremeció las hojas que agitadas
hicieron resonar una sonrisa
de bienvenida al pensador; pendientes
de aquella aparición todos callaron
y Eliseo Reclus tendió los brazos
sobre el rosal de aquella alegre mesa
y habló:

«Sí, ya pasaron
los tiempos de martirio y de tristeza
para la pobre Humanidad. Quedaron
rotos en mil pedazos
los yugos de un deber tirano y fuerte,
bajo los cuales la razón uncida